

ACARTONADO

Sheikong

Suburbia  Books

ACARTONADO

(Todo va a estar bien)
By Sheikong

Capítulo 1

Capítulo 1 / TODO EMPIEZA POR EL PRINCIPIO

–Muchas gracias por venir Señor Agente-Pude decir como quien recibe una visita inquietante- la situación acá no está fuera de control. No he sabido de ningún vecino que haya presentado queja alguna. ¿Usted si?

–Señor Flip, recibimos tres quejas en el departamento esta semana, por eso estoy acá –argumentó con seguridad el agente–

–Y a mí me cuesta creer que usted insista, si no tiene nada más que preguntarme le pido que se retire, me siento algo cansado y necesito recostarme, la soledad también agota.

El agente no dejaba de observarme en forma desconfiada, como intentando hacerme confesar algo que no hice, entre sus canas perfectamente peinadas con gomina, sus gafas a media nariz y su traje barato pero bien planchado, parecía más bien un director de escuela mal pagado y yo el alumno interpelado.

–Muy bien, hemos terminado por ahora Señor Flip, pero no crea usted que dejaré de observarlo, –Aseguró el agente levantándose de mi hundido y descuidado mueble–

–Lo acompañaría hasta la puerta, pero está justo detrás de usted. ¿Sería tan amable de cerrar al salir?

–Con gusto, nada me cuesta. –Afirmó dirigiéndose hacia la pequeña puerta en tan sólo dos pasos que me parecieron algo eternos, para luego desaparecer seguramente abandonando el aroma de su perfume corriente en mi pequeña sala de estar.

Una vez largado el agente entrometido, me senté a mirar el techo deteriorado, la verdad es que sí era posible un olor a descompuesto, pero no lo iba a admitir, al menos no por ahora. Necesitaba estar acorralado y aún no me considero contra las cuerdas.

Este mueble en el que recién me he recostado es mi único amigo y contiene mi esencia, puedo descansar en él, le cuento con lujo de detalles mis últimas ocurrencias, hasta llego a dormir acá sentado por horas enteras y me entretiene muchísimo levantarme y ver cómo queda la forma de mi cuerpo en el relleno vencido, que por cierto aún conserva su color rojo y está irremediablemente reñido con mi almohada azul de paticos amarillos, cada vez que la invito a dormir una buena siesta juntos, la encuentro tirada en el suelo sin explicación alguna y sin indicios de violencia, sólo recibo la indiferencia de ambos objetos, lo cual me indica

que algo anda mal, muy mal en esta casa.

Para ser sincero, no tengo nada que hacer aparte de estar sentado y pasar tiempo de un lado a otro dentro de estas ruines paredes, es lo bueno del desempleo y del divorcio, ambos te regalan tiempo, te devuelven todo aquello que las empresas y el matrimonio te han robado, lo que han tomado sin pedir permiso. Todos deberíamos ser cesanteados y divorciados alguna vez, sólo para pasar tiempo con nosotros mismos, eso eliminaría el tráfico adicional, los rancios almuerzos fríos de oficina junto con las conversaciones intrascendentes de los compañeros de infortunio.

Mirar por las ventanas también le da sentido a mis horas. Mi cuadra no es tan entretenida como quisiera pero eventualmente puedo hacerme de un buen espectáculo si soy paciente, otra ventaja de la soledad es que si pasara horas en una oficina me perdería toda esta vida que se puede apreciar siendo un mirón barato, un voyeur de segundo piso. Observar cómo caminan los vecinos, qué miran, cómo lo miran, a qué hora salen y si regresan o no, los que llegan y los que se mudan, lo que desechan y recogen. Siendo honesto llega a parecer un programa de televisión, las rutinas, el reparto, los personajes invitados, los especiales de fin de semana y otras fechas. Mis ventanas me muestran mucho más de lo que creo observar, me dan tanto que hasta he llegado a colocarles nombres propios sacados de la historia, claro está.

Voy a explicarme: Sólo son dos ventanas, la pequeña pero entusiasta y muy ocupada Martha, inquieta y diligente, nunca está tranquila, siempre golpea por la brisa, algo que la convierte en una chica muy difícil de controlar. Y por supuesto está María, la grande y la calmada, la que adora permanecer tranquila. Ambas están colocadas en los extremos de una larga pared con forma de ele, Marta da hacia el callejón pequeño, es un sitio tranquilo pero de grandes secretos y María esta justo donde empieza la avenida principal con todo su bullicio, escándalos, autos veloces, camiones cargados y gritos de los comercios, ¡Ah! por cierto otra ventaja más de ser un mirón es la perfecta invisibilidad, es lo mejor.

Ya en este punto debo sincerarme con quien esté leyendo estas líneas y para honrar mi compromiso voy a decir la verdad: Estoy muerto. Pero no muerto de envidia o de soledad, ni muerto de cansancio o cualquier otra utilidad que se le pueda dar a ese concepto, yo en realidad estoy muerto. Dejé de respirar, ya no duermo ni transpiro, no siento hambre ni sed, voy al inodoro y pierdo mi tiempo y para ser honesto pensé que iba a ser peor pero no siento nada en realidad. Confieso que he estado observándome y mi piel ha ido cambiando, ahora está acartonada en algunos puntos complicados como las rodillas, los codos y parte de la cara.

Es muy incómodo permanecer en una sola posición por mucho tiempo y debido a esta nueva condición debo mantenerme activo moviéndome de un lado al otro. Hace poco encontré una crema en el baño y me apresuré

a aplicarla en mi cara, fue un ejercicio sin resultados útiles pues ya no transpiro ni absorbo a través de los poros, es una acción que mi cuerpo dejó de ejecutar, obviamente. Ese día recuerdo que estuve observándome en el espejo, invertí una buena cantidad de tiempo viendo cada detalle de mi rostro. La poca luz del amarillento bombillo me otorgaba un carácter dramático como quien juega al personaje antiguo, al de las frases trascendentes. Las sombras que se producen en mi rostro se cuelan entre las arrugas producidas por mi temprana y súbita muerte. Quiero sonreír y me cuesta, quiero comer y no tengo hambre, quiero vivir y no puedo, para colmo si quisiera morir ahora mismo, tampoco lo lograría.

CONTINUARÁ

Capítulo 2

-Capítulo 2- ARNOLDO, EL IRRITANTE

Han transcurrido setenta y dos horas desde que sucedió esta desgracia que me ha abandonado entre la vida y las penumbras, quedé atrapado sin experiencia previa ni precedentes y no dejo de preguntarme: ¿Cómo me sucedió esto? Soy sincero afirmando no lo sé, lo ignoro. Hoy es sábado así que debí fallecer entre el miércoles y jueves sin duda, los números no mienten, decía mi jefe. En medio de este silencio abrumador se agolpan en mi mente los hechos que precedieron mi deceso y quisiera sentir un pesar lleno de angustia pero no puedo, recuerdo bien aquellos episodios dolorosos de mi vida cuando fingía dormir pero el dolor en medio de mi pecho no lo permitía, a eso me refiero, eso es lo que no siento, lo que ahora deseo.

-¡Toc Toc! -Escucho que tocan de nuevo a la puerta, ojalá no sea el agente entrometido-

-¿Quién golpea? ¿Es un vendedor de prendas? ¡No las uso y no me interesa quién las usa! ¿Me está escuchando? -Traté de gritar desde mi mueble y no sé si lo logré, mi voz quebrada me delata, no es la voz usual de un hombre de cuarenta y cinco años-

-¡Señor Flip! ¡Soy yo, Arnoldo! ¡Abra! -Me responde una joven y enérgica voz al otro lado de la envejecida puerta-

-¡Vete! ¡No quiero lo que sea que vendes! ¡Anda a ofrecer a otro lado!

-¡Pero Señor Flip! ¡Usted me pidió que viniera! ¿Qué hago con todo esto ahora? ¡Abra!

-¡Aléjate! ¡No voy a decirlo de nuevo! -Ese era mi ultimátum para el entrometido e inesperado visitante-

-¡Voy a abrir Señor Flip! Voy a utilizar la llave, lo haré.

-¡Muchacho insolente! ¿A qué llave te refieres? ¡Aléjate de mi puerta! ¡Farsante!

-¡Me refiero a la llave que usted mismo me dio para estos casos Señor Flip! ¡Lo conversamos varias veces! ¿Ya no me recuerda?

Las remembranzas no son mi fortaleza desde hace un par de días, reconozco que siempre fui muy bueno para los rostros y las fechas, mi trabajo como vendedor estrella de perfiles de hierro lo ameritaba, cuando alguien en la oficina olvidaba un dato acerca de un cliente sólo bastaba

con preguntarme y allí estaba yo con la información precisa, mi jefe Don Adelino Di Pasquale siempre me decía: ¿Qué haríamos acá sin ti Señor Flip? Eres la memoria de la empresa, ¡Perfiles y Vigas Di Pasquale se acaba el día que te vayas! ¡Se acaba! ¡Cerramos ese día Señor Flip!

Y así transcurrieron veinticinco largos y hermosos años, siendo la memoria de la empresa de Don Adelino, su pupilo, casi un familiar o tal vez como un hijo, ese era yo: El Señor Flip Mondragón Tercero, sólo precedido por mi padre el Señor Flíed Mondragón Primero y mi hermano mayor el Señor Floyd Mondragón Segundo, ya les contaré acerca de la curiosa dinastía de mi familia, por ahora debo deshacerme de este molesto e insistente joven.

–¡Voy a abrir Señor Flip! ¿Está usted vestido? ¡No quiero ver nada que no deseo! –Grita la joven e irritante voz-

–¡Haz lo que te dé la gana! ¡Entra si quieres! –Le grito-

Y si, veo como la cerradura se mueve y la perilla de bronce patinado de mi puerta comienza a dar vueltas, la voz no mentía, ¡Tiene la llave de esta casa! Ya que igual va a entrar, no me va a encontrar atemorizado ni sumiso, enderezo mi encorvada espalda, trato de cruzar mis pies hasta donde la seca piel me lo permite, aprieto mis babuchas y miro fijamente hacia la ventana cerrada. Circunspecto y lleno de un orgullo inquebrantable, así estoy y así me encontrarán. Que no se diga que un Mondragón fue arrinconado por temor, no señor.

–¡Buenos días Señor Flip! ¿Cómo sigue? –Grita atropelladamente aquel figurín de muchacho de cabello rojo ensortijado y cara llena de pecas, nariz respingada y baja estatura mientras carga una caja llena de papeles, me sorprende verlo ataviado en una suerte de trajecito formal de extraña combinación de cuadros y chaleco interno, parece sacado de un anticuado catálogo de tienda departamental, pantalones con ruedo alto como si fuese a brincar pozos en invierno y zapatos tipo charlestone pero de factura económica, puedo ver.

–¿Qué cómo estoy? ¡No te interesa...fenómeno de mierda! –Le contesto agriamente sin dejar mi pose- ¡Al menos cierra la puerta! ¡No vaya yo a pescar un resfriado por tu ineptitud!

–¡Ah sí! ¡Como si pudiera usted enfermarse Señor Flip! Pero tiene razón, voy a cerrar la puerta, pasar doble llave, ahora la guardo en mi bolsillo y todo vuelve a estar como a usted le agrada, ¿No es así? Acá le envían, hoy hay mucho por hacer... ¡Ah! Por cierto, la cuenta de Carreteras Panamericanas del Norte requiere una proyección adicional para cubrir los nuevos astilleros, Don Adelino manda a preguntar si usted recuerda dónde se guardaron las copias del plan paralelo del año pasado, usted sabe, ese había quedado archivado y ahora no aparece por ningún lado y

vaya que lo hemos buscado.

–Oficina del cuarto piso, segundo cubículo a la izquierda después de la recepción, mueble color beige con chapilla rota en la esquina superior derecha, tercera gaveta de la izquierda, carpeta marcada como “Panamerican”, hay tres copias pero solo dos están completas, las reconocerán porque están selladas y con separatas. ¿Es tan difícil recordar eso? –Le digo en tono repelente sin mirarlo por un segundo–

–¡Usted es el mejor Señor Flip! ¡Nunca falla! ¡Como lo extrañan en la oficina! –Exclama el pelirrojo con una actitud entre asombro, pasando por agradecimiento y finalizando en molesta admiración–

La verdad, no tengo idea cómo pude recordar todos esos detalles tan precisos si acá en casa apenas puedo rememorar pasajes de las últimas horas, que me expliquen lo que me sucede y toda esta pesadilla que vivo en carne propia, que no es normal y que no tiene referencia alguna de la cual yo tenga conocimiento.

–Muchacho dime algo, pero quédate allí parado, no te acerques por favor, cuando entraste mencionaste algo acerca de mi salud ¿A qué te referías? Ayúdame con eso – pregunto al joven sin voltear mi cara, solo mis desgastados ojos que los escudriñan–

–¡Ah Señor Flip! ¿Hoy es uno de esos días? ¿No recuerda mucho hoy acerca de usted? Mi Señor Flip, se lo voy a decir una vez más –Ahora el chico se sienta a mi lado y coloca su mano derecha sobre mi pierna izquierda– Usted falleció hace unos meses, creo que sufrió un paro cardiaco y luego la verdad no sé cómo sucedió, pero usted no se dio por vencido y no llegó a completar el ciclo, es decir que no murió realmente, se está descomponiendo lentamente pero como no acepta su deceso, pues acá lo tenemos, apartado pero no escondido y es tan útil para Don Adelino que logró acomodarlo acá, para que siga ayudándole con la empresa, mientras vemos que sucede. Eso es Señor Flip.

–¿Me estas embaucando pelirrojo insolente? –Le levanto fuerte la voz– ¿Cómo puede ser eso cierto? ¿Y cómo es que no lo recuerdo?

–Mi querido y admirado Señor Flip, esto le pasa cada vez más seguido y aunque usted no lo recuerde ahora, ya lo hemos conversado en muchas oportunidades, éste momento se ha repetido una y otra vez, para eso estoy acá, no hay problema. –Dice el muchacho mientras sonrío y me da una palmada en la pierna, que por cierto, no llego a sentir–

Guardo silencio, sigo mirando al frente, no doy crédito a lo que escucho pero tampoco demuestro asombro por demás. Me abstraigo a propósito para pensar un poco ya que esto podría ser verdad. Sé que me estoy descomponiendo, pero todo esto me suena muy difícil de creer. El

muchacho es un falso, no lo puede esconder. A ver cómo me zafo de ésta, no me refiero a la muerte sino al urticario pelirrojo y su increíble y tonta historia.

CONTINUARÁ

Capítulo 3

-Capítulo 3- LOS RECUERDOS

-¿Por qué no te marchas? -Le pregunto-

-Solo vine a traerle estos papeles Señor Flip, pero si usted gusta le puedo traer algo de abajo, ¿Cómo está su alacena? -Me pregunta levantándose del viejo mueble dirigiéndose hacia la oscura cocina y con la misma rapidez que lo caracteriza, abre las puertas de los gabinetes superiores-

-¿Cómo va a estar la alacena? ¡Llena de frascos con cal! ¡Agua oxigenada por doquier y vendas! ¡Es toda la mierda que hay! -Le grito desde el mueble-

-Ya veo, si...está surtida. No le ofrezco agua por razones obvias, ¿Desea un libro? Debajo del puente aún están los vendedores, es temprano y podría traerle algo de aventuras o de investigación del cuerpo humano ¿Le gustaría?

-No. Quiero que te vayas, luego reviso lo que has traído en la caja.

-Bien, si no me necesita, me regreso, aún tengo mucho recorrido y tengo hambre, esta cuadra es un gran sitio para picar algún panecillo relleno.

El chico se dirige a la puerta sin decir nada más, cuando está por abrirla me asalta una duda que me asalta de pronto como un pensamiento confuso y que apenas puedo distinguir, no lo tengo claro pero será imposible que me quede con la inquietud. Aún sigo sentado más rígido que de costumbre, observo los lentos movimientos de su mano izquierda buscando la llave en el bolsillo de su pantalón de "patiquín", veo con detalle la forma como Arnoldo toma el picaporte, lo acaricia primero, como si no anhelara salir, le da vuelta hacia la izquierda e introduce finalmente la llave, todo ocurre muy lentamente para mí, como si el tiempo tuviese una nomenclatura diferente. ¿Será mi seco cerebro que me juega una pasada?

-¡Espera un momento muchacho! ¡Acabo de recordar algo! Por favor, no te vayas -Interrumpo la salida del chico con mi voz quebrada y lisonjera-

-Dígame Señor Flip ¿En qué le puedo servir? -Voltea el chico intrigado-

-Arnoldo, acabo de recordar nuevamente a una mujer y a una niña, son imágenes confusas, pero ahí están. Eventualmente regresan a mi mente

y no logro distinguirlas. ¿Tuve una vida? ¿Una familia?

–Si Señor Flip, la tuvo. Su esposa y una hija, así es. Y un bebé en camino.

–¿Y qué pasó con ellas? ¿Saben que estoy acá?

–No, no lo saben. No saben nada de usted ni de su estado actual.

–¿Y qué creen que sucedió conmigo?

–Yo estuve en su funeral Señor Flip, fuimos todos y estuvo genial, la verdad que la agencia logró un evento muy hermoso y hubo...

–¡No te distraigas Arnoldo! –Le interrumpo- Dime que pasó con ellas, por favor muchacho.

–Su esposa aún estaba embarazada cuando sucedió todo aquello, la vi muy afectada como a todos naturalmente, no paraba de hacerse preguntas, fue oportunamente consolada por unos familiares.

–¿Y después que sucedió?

–No he sabido mucho Señor Flip, unos días después su esposa estuvo en la oficina reunida con el Sr Adelino, fue algo privado, no supimos de qué hablaron, quizá de una indemnización o algo así, dicen que la suma podría ser muy alta por tantos años de servicio, pero no lo puedo asegurar. Ni siquiera su entrometida secretaria ha podido averiguar algún detalle.

–¿Entonces ella cree que estoy muerto?

–Señor Flip discúlpeme pero está usted muerto, sin duda.

Las imágenes de esa mujer y de la niña llegan a mi mente fugazmente, muy borrosas para mí y de la misma manera desaparecen, como pinchazos de aguja que luego ya no están, hablar con este chico ha sido muy útil pero quiero estar solo para esforzarme en recordar más.

Sospecho que la quietud de la casa podría ayudarme.

–Gracias Arnoldo, fuiste muy útil, puedes irte, anda a hacer tus cosas. Ve a comer.

–Está bien Señor Flip, vendré en una semana como siempre y si surge algo antes, estaré por acá, Don Adelino está muy ansioso por estos días, debe ser por el cierre fiscal, este tipo de cosas le aterran porque debe pagar mucho dinero al estado, él no es muy amigo de pagar...usted sabe,

lo conoce como nadie.

El chico se dio vuelta y desapareció por la vieja puerta, escuché cómo se aseguraba por el lado de afuera que la cerradura quedara cerrada, el sonido de sus pasos se desvanecía en las escaleras que dan hacia el piso contiguo de la misma forma como se esfuman las pisadas de todos los que suben y bajan sin parar por estos oscuros recovecos.

No recuerdo haber salido de acá, quizá lo hice pero no lo tengo presente en mi memoria. ¿Cuántas calles llenas de colores, olores y personas disfruta Arnoldo al venir? ¡Cuesta imaginarlo! El movimiento que puedo ver por las ventanas me dice que hay mucho que descubrir allá abajo. Un callejón tranquilo y una avenida principal atestada de gente delatan el latir de esta ciudad, ¡Cómo me gustaría bajar y conocer! ¿Por qué no? Hoy supe que llevo meses acá encerrado aunque en mi mente solo han pasado un par de días, no logro comprenderlo ahora. Espero encontrar respuestas.

La conversación con Arnoldo me llena de contradicciones y las imágenes borrosas de la mujer y la niña ahora no dejan de transitar por mi confuso cerebro, van y vienen, se mezclan y me confunden, no respiro ni transpiro, no sufro de apetito ni defeco, no me da sed ni sueño pero mi mente se activa muy bien por ratos y en otros instantes se atropella a sí misma, no siento nada pero saber que rayos sucedió con mi esposa y mi hija aparecen hoy como un prioridad en mi panorama inmediato.

Quiero salir. Si, salir a ver que hay afuera, no voy a estar más tiempo en este viejo y malagradecido mueble, debo planificarlo bien o será un fracaso que pondría en riesgo mi permanencia en este viejo, frío y sombrío apartamento. ¿Me atrevo o lo pienso por unas horas? ¡Tengo toda una existencia para pensarlo! ¿Qué podría salir mal? Nadie se dará cuenta, con tanto alboroto debería pasar desapercibido, apuesto por eso.

Creo que han pasado un par de horas desde que tuve la idea de salir a husmear. No alcanzo a ver la hora en el desgastado reloj de pared, mi vista se ha deteriorado con los días, el paso del tiempo parece no afectarme a la misma velocidad que afecta al entorno de estas calles y lo entiendo. Escucho los gritos de los hombres que descargan mercancía para los almacenes de abajo y se mezclan con las cornetas de los autos cuyos choferes se desesperan ante tanto caos y cruce de carretillas de un lado para el otro, muchos caen en insultos y las emociones se disparan a cada minuto. El tiempo los afecta y les ordena cómo deben actuar, unos van tarde y otros ni llegarán, algunos lograron cumplir con sus tareas y de seguro hay cientos que en su lucha contra el reloj ya se rindieron, se apean y dejan que el mundo avance.

Está decidido. Voy a salir. Debo levantarme y seguir el protocolo de quien va a pisar afuera, eso implica dominar los detalles y tener una lectura

perfecta de cada paso que daré, ¿Cómo lo voy a lograr? Si no me levanto, poco será lo logrado. Hacia allá voy, el tiempo no me detendrá.

CONTINUARÁ

Capítulo 4

-Capítulo 4- LOS VIEJOS ALMACENES

Me levanto con gran dificultad del viejoo mueble –Algo que cada vez me cuesta más- Camino sin prisa hasta el reloj y me sorprende saber que ya son las once y treinta minutos de la mañana, tomo la llave que cuelga en un cordel para abrir la cerradura, acaricio el picaporte tal y como lo hizo Arnoldo, escucho voces en las escaleras, eso me dilata unos minutos. Ahora sí, lo primero que sucede es mi cabello moviéndose con la brisa, no siento nada pero me despeiné, es un avance. Abro por completo y salgo, miro hacia los lados, no veo a nadie, eso me indica que debo seguir. Comienzo a bajar la escalera lentamente apoyado en el pasamano para no perder el equilibrio, es una gran ayuda para alguien con la piel acartonada como yo.

Llegando a la planta baja escucho los gritos de los vendedores, el ajetreo de los caleteros y las cajas cayendo de un lado para otro, ¡Hay una vigorosa actividad acá! Los empleados me pasan por un lado y no me notan, están sumidos en su quehacer ¡En tantas cosas! En solo un par de pasos ya estoy en la acera y me siento parte de la algarabía, del alboroto y de la ciudad. Todo lo que he observado simulando ser un “voyeur” desde las ventanas, ahora es una realidad para mí ¡Cuanta envidia podría sentir por tanta vida!

Otros pasos más y estoy frente a un almacén, uno grande de verdad. De esos que integran una tienda en la parte delantera para despacho al detal con todas sus vitrinas llenas de frascos. Me acerco y compruebo que están repletos de especias y golosinas, en el suelo reposan al menos una docena de sacos con granos de todo tipo. Fingiré que soy un cliente, pero seré uno muy especial ya que con tanto viaje de trabajo pude conocer, probar y experimentar sabores, olores, texturas, será muy fácil identificarlas, pero esta vez carezco de sentidos. Eso lo complica todo.

Es nuevo ver tanta abundancia representada en colores y formas, me atrevo sin dudas a hundir mis manos sin tacto en los sacos, aprieto mis puños con algo de fuerza ¡Qué gran experiencia! ¡Qué momento! ¡Es algo diferente!

–¿Señor? ¿Le podemos ayudar en algo? –Una linda voz femenina me arranca de mi episodio de aparente satisfacción-

–¿Me hablas a mi...señorita? –Le contesto volteando con los puños aún

llenos de granos secos-

-Sí, hablo con usted ¿Va a ordenar algo?

-¿Puedes verme y hablar conmigo? Es decir, ¿Ves todo bien muchacha?

-Mejor le llamo a un despachador Señor, tan sólo deme un momento

-Explica la chica un tanto extrañada-

-¡Valentín! ¡Valentín! ¡Atiende al señor por favor! -Le grita a un fornido hombre que se encontraba afuera reunido con otros-

-El hombre se acerca y me increpa: -Señor no puede hacer eso, está prohibido ensuciar la mercancía ¿Ve lo que está haciendo?

-¡Ah disculpe, disculpe! Ya se los dejo acá, cada uno en su saco.

-No, no está bien. Acaba de contaminar los granos, ahora debe llevarse varios kilos de la parte superior para compensar ¿Logra entender lo que le digo?

-No, no...es usted el que no entiende, no vine a comprar, solo a ver. Quería tocar los granos un momento. Le dejo todo acá y me voy, espero no molestarles más.

-¡Eso no va a pasar Señor! ¡Acá no se viene a tocar, ni a pasear! ¡O paga o tendremos un altercado!

-Está bien, me voy, no tengo problema, disculpen.

-Pero antes de irse, debe pagar.

-No tengo dinero, no tengo nada. No me entiende.

-¿Y qué olor es ese? -Pregunta alarmado el hombre- ¿Es usted quien huele así? ¿Qué le sucede?

-Sí, debo ser yo, no puedo sentir mi olor pero voy saliendo, con permiso.

-¡Que hediondez! ¡Usted no va a ninguna parte! -Me toma muy fuerte por el brazo, reteniéndome-

-¡Por favor, le ruego que tenga cuidado con mi brazo! -Le pido al hombre con mi voz cortada-

-¡Llama al viejo de seguridad! ¡Rápido! ¡Tenemos a otro vagabundo!

-Grita el hombre dirigiéndose a la cajera del lugar-

Los gritos del reciente escándalo llamaron la atención de un agente que se encontraba cerca o quizá le avisaron lo que estaba sucediendo, en el forcejeo advierto que un hombre uniformado se hizo presente, cuál sería mi sorpresa al ver de quién se trataba.

-¿Señor Flip? ¿Qué hace usted acá? ¿Qué está pasando? -Pregunta el agente apenas me reconoce-

-¡Ah...es usted Señor Agente! Es bueno verlo acá, bajé a distraerme un poco, sólo eso. Voy a pagar lo que he dañado ¡No hagamos alboroto!

-¡Este vagabundo debe pagarme! -Insistía el despachador- ¡Por lo menos cuatro kilos!

-¡Suéltalo! Este hombre no es un vagabundo y no te va a pagar nada, agradece más bien que no te reviso el almacén y los camiones, por ahí se dice que te estas metiendo en problemas con algo ilegal, así que apártate para que yo resuelva esto. -Le habla con total autoridad el agente-

El hombre suelta mi delgado brazo y aunque con resignación, me deja ir sin pagar los daños, nunca sentí miedo ni angustia, ni me resultó una molestia lo sucedido, sólo fue algo que agregar a esta nueva forma de vida, por unos instantes todos estaban alterados, menos yo.

-Vamos Señor Flip, subamos a su casa, este no es sitio para hacer paseos. Dígame algo ¿Y usted por qué está en pijama? ¿Cómo se le ocurre salir así?

-Disculpe usted Señor Agente. No lo pensé, solo salí y no hay mayor explicación, últimamente no pienso mucho las cosas antes de hacerlas, gracias por ayudarme a regresar pero conozco el camino perfectamente.

-¿Seguro que está usted bien Señor Flip?

-Bien no estoy pero no sufrí más daño, quedo en deuda con usted Señor Agente.

-Solo no se meta en problemas por acá, los obreros son poco pacientes y otra cosa Señor Flip: Trate de cubrir ese raro olor con un perfume, es de lo que le hablé la vez pasada, algo no anda bien con usted y debería dejarse ver por un experto ¿No está de acuerdo?

-¿Un perfume como el suyo quizá Señor Agente?

-No necesariamente, podría ser otro. No podemos tener el mismo

perfume barato en esta cuadra, la gente habla Señor Flip y murmuran.

–Seguiré su consejo, ahora me voy. De nuevo le agradezco por su ayuda, la vez pasada fui muy grosero con usted, le ruego me disculpe.

–No hay nada que disculpar, igualmente lo estaré observando. Insisto en que hay algo que no me gusta acá Señor Flip. Le voy a explicar algo: Mi bigote me dice que algo le pasa y nunca se equivoca, cuando conocí a mi actual esposa mi bigote no me dejaba en paz cada vez que me cruzaba con ella en la calle ocho, cerca del Sears y mire usted, no falló. Tenemos veinte años casados y ni una sola discusión, ¡Ni una!

–¿No será usted un dictador en su hogar Señor Agente?

–No le entiendo, explíquese por favor.

–No me preste atención. Voy a subir, estoy agotado.

Atrás se quedó el agente intrigado y regresé al departamento. Este es el inventario pertinente: Una expedición por los viejos almacenes con disturbios públicos incluidos, un salvamento oportuno a cargo del agente de la cuadra y un bigote presagiador que nunca se equivoca. ¡Ah! ¡Y un dictador que nunca discute! Con razón.

¿Qué sigue ahora?

CONTINUARÁ